

5 de Julio.—Veo en el *Scotsman* mi respuesta á Adam ó la mayor parte de ella. No me agrada esto; pero se ha hecho sin duda con la mejor intención. No puedo soportar nada que parezca humillarse.

Difícil es que nadie, ni el mismo Macaulay, pudiese descubrir la menor humillación en el lenguaje de su carta á Mr. Black. Desespero (escribe) de poder emplear palabras cuyo sentido no se tuerza. ¿A qué se reduce todo? Yo digo que tal distinción es tan rara que últimamente la creía inasequible y aún ahora apenas me atrevo á esperar obtenerla; y se dice que la estimo en poco. Digo que ser elegido representante de Edimburgo, sin presentarme como candidato, sería un alto y singular honor—un honor capaz de inducirme á hacer un sacrificio que no haría en otro caso—y se dice que eso es tratar desdeñosamente á los electores. Mi lenguaje, naturalmente interpretado, era respetuoso—más aún, humilde. Si hay quien vea un insulto en él, será porque está decidido á ver un insulto en todo lo que yo escribo.

7 de Julio.—Sueño desasosegado durante la noche, y después un día de excitación. El *Times* viene lleno de oratoria electoral. En conjunto, todo va bien. Bien la City; bien Tower Hamlets; un tropiezo en Greenwich, pero muy ligero; ventajas en Reading, Aylesbury, Horsham y Hertford; pero el triunfo en Hertford me apena por lo que atañe personalmente á Mahon. Me alegro de que Strutt lleve ventaja en Nottingham.

8 de Julio. — Otro día de excitación tras otra mala noche. Inmediatamente después del almuerzo fui á Golden Square, y voté por Shelley y Evans. Todo el día se pasó en preguntar á unos y responder á otros, en esperar noticias y devorarlas. El club parecía en-

teramente una colmena. Estuvimos intranquilos hasta lo último por Westminster. He recibido noticias, agradables y desagradables, de Black y Craig. Mi triunfo, si así puede llamarse, parece seguro. Yo no iré al escrutinio. No puedo viajar toda la noche en mi estado actual de salud; y en cuanto á salir el martes por la mañana, é ir hasta Berwick, con la exposición de tener que volverme en caso de derrota, no hay que pensar en ello. He conservado alta la cerviz; y eso sería una humillación, agravada mil veces por la reserva, rayana en altanería, que he mantenido hasta aquí.

A pesar de los recelos de Mr. Black, la altiva y firme conducta de Macaulay no había desagradado á los electores de Edimburgo. Pensaron con acierto que la dignidad de un miembro del Parlamento se refleja en sus comitentes, y más bien estaban orgullosos de votar por un hombre que era quizá el peor pretendiente desde Coriolano. El entusiasmo en su favor no se limitó á su partido. El profesor Wilson, el más distinguido superviviente de la antigua escuela del torismo escocés, según entendían el torismo lord Melville y sir Walter Scott, realizó el último acto público de su animada y alegre existencia yendo á votar por Macaulay. Al acabar el día, el resultado de la votación era éste:

Macaulay.....	1.846
Cowan.....	1.753
M'Laren.....	1.561
Bruce.....	1.068
Campbell.....	625

No es exagerado decir que, del uno al otro confin de la isla, se recibían las noticias con profunda y casi

universal satisfacción (1). En medio de las pasiones y ambiciones y envidias de unas elecciones generales que iban á decidir de la suerte de un ministerio, los combatientes de ambos bandos encontraron un respiro para felicitarse de un suceso que se miraba, no como victoria de un partido, sino como el triunfo de la superioridad intelectual y de la integridad política. Recuerdo muy bien cómo me sonrojaba y temblaba yo con infantil alborozo cuando Alberto Smith, en dos ó tres coplas precipitadas incluidas de improviso en el mejor de sus admirables cantos, anunciaba que Edimburgo se había puesto á bien al fin con Mr. Macaulay; y aun me parece oír las prolongadas y repetidas aclamaciones de todo un auditorio, que, á menos que se diferenciara de todo otro auditorio londonense de su género, debía componerse, por lo menos, de tres cuartas partes de toríes.

Pero esa misma semana, que honró á Macaulay con tan señalada prueba de la estima y admiración de sus compatriotas, le trajo también tristes é inequívocas señales de que no había hecho impunemente la gran labor á que debía su fama. En medio de mis triunfos (escribe), no me siento bien; y no era de los que se quejan á poca costa. Durante algunos meses habían menudeado ya en su Diario pasajes como estos: «Hoyé los nuevos tomos de la obra de Thiers: la campaña austriaca de 1809. Es pesado. Supongo que mis volúmenes serán más atractivos. Ahora, por su-

(1) Las noticias de su elección fueron recibidas con una explosión de júbilo en todo el país. Los hombres se felicitaban unos á otros como si hubiese recibido tan señalado honor algún querido amigo ó deudo suyo. Personas que no habían visto nunca á Mr. Macaulay se estrechaban la mano calurosamente unas á otras al recibir tan fausta noticia. — *La vida pública de lord Macaulay*, por el reverendo Federico Arnold.

puesto, no estoy en caja, y no puedo escribir. ¿Por qué? No puedo decirlo. Esperaré uno ó dos días, y probaré de nuevo.» Y en otro lugar: He escrito algo de mi *Historia*; pasable; pero aún no estoy en vena. Me siento completamente oprimido por el peso de la labor. ¡Qué cosa tan rara es la inteligencia del hombre! La mía, al menos. Yo podría escribir un artículo, estilo Montaigne, sobre mis padecimientos. A veces pierdo meses, no sé cómo, acusándome á diario, pero incapaz realmente de esfuerzo vigoroso. Parezco dominado por accesos de pereza. Luego me animo, y puedo trabajar doce horas de un tirón. ¡Cómo trabajaba hace un año! ¿Por qué no puedo trabajar ahora así?

Era pronto para saberlo. El 15 de Julio, dos días después de decidida la elección, se manifiesta sumamente abatido, sin poder apenas pasear ni respirar. Una semana después dice: Hoy no estaba bien. Algo de lo del corazón. Sentía opresión en el pecho. Estaba muy flojo, y apenas podía contener las lágrimas de puro débil; pero las contuve. Desistí de hacer el viaje á Edimburgo y de presentarme en público. Tengo la seguridad de que, en el estado en que me encuentro, me vería obligado á sentarme á los cinco minutos; eso, caso de no desmayarme, como he temido varias veces últimamente.

El día en que tenía que dirigirse á sus electores estaba cerca, y no había tiempo que perder. Mandé llamar á Bright. Vino con un estetoscopio; declaró que estaba muy alterada la acción del corazón, y me prohibió terminantemente pensar en ir á Edimburgo. Salí, pero apenas podía andar con el auxilio del bastón. Tomé, pues, un coche para ir á Westbourne Terrace, y volví del mismo modo. La compañía y bondad de

los míos me animó un poco. Me enfado conmigo mismo por haberme dejado atraer otra vez á la vida pública. Mi obra me parece que ha de ser un fracaso. Sin embargo, cuando consulto cualquier parte, y la leo, no puedo menos de ver que es mejor que las otras obras escritas sobre la misma materia. Eso, seguramente, no es decir mucho: porque Ralph, Smollett, Kennett, von Somerville, Belsham, Lord Dungannon, todos ellos desdichados escritores de historia; y Burnet, que hasta la Revolución es muy estimable y ameno, se hace pesado en cuanto llega al reinado de Guillermo. Me apenaría dejar ese reinado sin concluir.

Durante algunas semanas Macaulay estuvo realmente muy enfermo, y nunca recobró la firme y exuberante salud de que había disfrutado hasta entonces. No hay que decir que el cariño, que había sabido conquistar durante toda su vida, no le faltó ahora. Lady Trevelyan vió al doctor Bright, y supo que la enfermedad era más grave de lo que ella creía que pensaba su hermano: creencia completamente errónea como el Diario atestigua; pero en la cual la dejó gustoso Macaulay. Ella se encargó de dar los pasos necesarios para el aplazamiento del *meeting* de Edimburgo; y después acompañó á su hermano á Clifton, donde le vió instalado cómodamente y permaneció con él hasta que empezó á mejorar.

*Clifton, 8 de Agosto de 1852.*—Salí leyendo la biografía de Julio César, en Suetonio, y me sorprendió un chaparrón, acompañado de truenos. No podía guarecerme debajo de un árbol por temor á las exhalaciones, y no podía correr á casa por temor á la palpitación; por consecuencia, seguí andando en medio de la lluvia con tanta pausa y gravedad como si hubiese ido acompañando un entierro. La excitación ó la in-

quietud más leve afecta á la función del corazón. A despecho de mí, estoy abatido de ánimo; pero mi razón me dice que difícilmente habrá otro hombre que tenga tanto que agradecer. Y seré agradecido y firme mientras sea dueño de mí. Ana y yo no nos atrevimos á salir después de comer, y nos estuvimos charlando amorosa y gratamente de los pasados tiempos.

*Domingo, 15 de Agosto.*—A Christ Church. Conseguí un puesto entre los asientos libres, y oí un sermón no malo sobre la expresión «por lo cual». El predicador protestaba de no querer asustarnos con rarezas al estilo del siglo XVIII; pero yo dudo si no encontró en el «por lo cual» de San Pablo mucho más de lo que San Pablo pensaba. Hubo una colecta para obras que han de hacerse en la iglesia, y yo eché mi soberano en la bandeja con tanto más gusto cuanto que el predicador nos pidió el dinero con razones sensatas y de una manera digna.

*16 de Agosto.*—El *Times* trae la noticia de la muerte de Sir James Parker. Murió de una afección al corazón. ¡Pobre! Me da lástima. Ha venido el ataque precisamente cuando le habian hecho Vicecanciller. El mío ha venido cuando acababan de elegirme por Edimburgo. El mío puede terminar muy probablemente como el suyo, y quizá sería lo mejor. Se me llenan de lágrimas los ojos cuando pienso en aquellos de quienes he de separarme; sin embargo, no hay ninguna mezcla de pusilanimidad en mi cariño. Tengo muchos deseos de ver á Ana y Margarita. Querría que hubiesen vuelto del continente; pero no creo que el plazo esté tan cerca. Hoy he escrito una buena ración de la *Historia*. Me alegraría de acabar el reinado de Guillermo antes de morir. Pero esto se parece á las antiguas disculpas que se ofrecían á Caronte.

Algunos críticos escrupulosos creen deber negar á Macaulay el título de poeta, y no era título que él pretendiese. Nadie más dispuesto á conceder que el laurel no prospera en las regiones á que le había llevado su destino. Había vivido en el mundo, y el hombre que se agita en las esferas sociales debe aprender temprano á pensar y á escribir en prosa. Downing Street y Calcuta, la *Revista de Edimburgo* y la cámara de los Comunes, habían aguzado su discernimiento y refrenado su fantasía; pero los que conocían la intimidad de su espíritu, no dudaron nunca que, por mucho que pesasen sobre él los hábitos y la experiencia de una vida activa y variada, allí había un fondo poético. El que haya leído el delicioso cuento de Hans Andersen, en que un amanuense se encuentra de pronto transformado en poeta, tendrá una idea exacta de la manera como trabajaron la memoria y la imaginación de Macaulay durante la mayor parte de sus horas de ocio. El vivía positivamente de los recuerdos de su pasado. Una estampa de seis peniques que hubiese visto en un cuarto de niños ó en una escuela de Clapham le deleitaba más que una obra maestra de Reynolds. El día en que descubría en los escondrijos más oscuros de un puesto de libros de Holborn alguna novelucha que había andado por las bibliotecas circulantes de Cambridge el año 1820, era una fecha señalada con piedra blanca en su calendario. Se alborozaba en su Diario con el descubrimiento de una desdichada novela titulada *Conciencia*, que él mismo califica de «paparrucha execrable», como si hubiese sido una primera edición en folio de Shakespeare, con pulgada y media de margen. Pero nada le causaba tanto placer (un placer que la frecuente repetición no disminuía sensiblemente) como una visita á cualquier sitio que

hubiese conocido en sus primeros años. Importaba poco el período de su vida con que la escena se relacionase ó que los recuerdos que evocaba fuesen alegres ó tristes, completamente triviales ó profundamente interesantes. La posada de Durham, donde comió detestablemente durante una visita judicial del distrito; el tribunal de Lancaster, donde había oído á Brougham tirotearse con Pollock; el comedor de Great George Street, en uno de cuyos rincones había escrito sus artículos sobre lord Holland y Warren Hastings; la iglesia de Cheddar, donde, siendo niño, había estado un domingo por la tarde suspirando por alcanzar al tomazo del libro de los Mártires que se encontraba en el atril inmediato, mientras el vicario que, según mister Ana More, era un pobre predicador y no un verdadero ministro del Evangelio, mosconeaba sin que nadie le oyese: esos, y otros sitios así, poseían á sus ojos un encanto muy superior al que deben las más famosas y magníficas ciudades á la tradición histórica ó al esplendor arquitectónico. Nunca tuvo ocasión más propicia de entregarse á su entretenimiento favorito de revolver antiguos recuerdos que cuando vivía en Clifton, á corta distancia del *cottage* que había sido en otra época de Mrs. Ana More, y sometido á la orden terminante de sus médicos de no hacer nada más que distraerse.

21 de Agosto.—Día despejado. A las once los Harfords de Blaise de Castle vinieron á buscarnos en su coche á Margarita y á mí para llevarnos á Barley Wood. El valle de Wrington, tan opulento y hermoso como siempre. El puente de Mendip, la torre de la iglesia, las islas distantes, todo lo mismo que hace más de cuarenta años. Pero Barley Wood está muy cambiado. No ha habido falta de cuidado, ni de gusto, ni

de respeto por los recuerdos antiguos; pero los árboles se desarrollan y las glorietas se eclipsan. El mismo *cottage*, visible en otro tiempo á gran distancia, se halla ahora tan completamente rodeado de arboleda que no se le ve hasta que se está encima de la puerta. Los arbustos, que no tenían la altura que yo á los once años, se han convertido en grandes masas de follaje; y en muchos puntos, desde donde se descubría en otro tiempo un extenso panorama, ahora nada puede verse. La casa y la extensión de césped que hay delante es lo menos cambiado. El comedor y la sala permanecen inalterables, excepto los antiguos grabados cuya colocación recordaba yo muy bien. Los antiguos rosales trepan por los antiguos espaldares ó por espaldares muy semejantes á los antiguos. Pero el Templo de los Vientos se halla reducido á ruinas, y mi albergue favorito, el que llevó por nombre *Tecta pauperis Evandri*, ha desaparecido completamente. La urna de Locke ha sido trasladada; la de Porteus sigue donde estuvo. El sitio ha mejorado; pero no es el sitio donde yo pasé tantos días venturosos de mi infancia.

«14 de Septiembre.—Hermoso día. Después de almorzar Ellis y yo fuimos á Wrington en carruaje abierto. Primero hicimos una visita á la iglesia. Reconocí el antiguo banco y uno de los epitafios; pero eché de menos el paño de púlpito de terciopelo carmesí con una inscripción en letras doradas muy largas. Recordé al sacristán. Allí estaban los libros sujetos á los atriles; y, con sorpresa mía, figuraba entre ellos el *Libro de los Mártires*. No recordaba que le hubiese aquí, aunque recordaba perfectamente el de Cheddar. Vi la sepultura de mi antigua y querida amiga, con una inscripción devota. Después paseamos por Barley Wood. Me invitaron á subir con mucha amabilidad.

Vimos el cuarto de Mrs. Ana More. La cama se encuentra donde solían estar su sofá y su escritorio. Subsisten los antiguos estantes de libros, por lo menos algunos. Puedo indicar el sitio exacto en que estaba el *Don Quijote*, en cuatro tomos, y el sitio exacto de donde saqué á la edad de diez años las *Baladas Uricas*. ¡Con qué deleite y horror leí el *Viejo marino*! Regresé muy contento de esta segunda visita.

16 de Septiembre.—Una llamada y un coche. ¿Quién había de ser sino mi antiguo «Tutor» de la Trinidad, Monk, el obispo de la diócesis? Me alegré de veras de verle y estrecharle la mano: porque él fué bondadoso conmigo cuando yo era joven, y yo fui desagradecido é impertinente con él.»

4 de Octubre.—Acabé la *Choza de Tom*, obra potente y desagradable: demasiado sombría y estilo Españolito para mi gusto, como obra de arte. Pero, en resumen, es el tributo más valioso que ha ofrecido América á la literatura inglesa.

Durante su estancia en el Occidente de Inglaterra Macaulay leyó tanto como siempre, pero escribió poco, fuera de su carta semanal á Mr. Ellis.

16 Caledonia Place, Clifton.

Aquí estoy, y no mal, en resumidas cuentas, después del viaje. Ya siento la influencia de este aire embalsamado. Acuérdesse de que está usted anotado para el 10 de Septiembre. Encontrará usted un buen dormitorio; un gran baño; una librería regularmente provista; paseos agradables; hermosas iglesias; Jerez especial; Rhin especial, y sopa de tortuga. He leído esto último á Ana, que está escribiendo á mi lado. Exclamó contra la tortuga:—¡Qué glotones de hom-

bres! — Mujer — contesté — cuando viene un amigo, hay que tirar la casa por la ventana. — Sí — dijo — no hay más sino que todo quedará reducido á una imitación de sopa de tortuga.

Tenga usted por seguro que no volveré nunca al gobierno. Se opone á ello todo: la avaricia y la ambición, lo mismo que el amor á la tranquilidad y á la libertad. He sido ministro dos veces, y no gané nada con serlo. Hace cuatro años que estoy libre, y he añadido diez mil libras á mi capital. Esto, por lo que toca á la avaricia. Luego, por lo tocante á la ambición, yo tendría mucha más importancia como representante de Edimburgo y defensor sincero, pero no servil, de un gobierno liberal, que como Canciller del Ducado ó Pagador de las Fuerzas. Recibo enhorabuenas de todas partes. La más ferviente quizá es la de Graham. Por lo que hace á mis propios sentimientos, hay de todo. Si los analizo atentamente, veo que estoy contento y disgustado: contento de haber sido elegido; disgustado por tener que ir al Parlamento. La elección fué un grande honor; la asistencia al Parlamento será un gran trastorno.»

12 de Agosto de 1852.

Me encuentro mejor que cuando salí de Londres, pero aún disto mucho de hallarme bien. El tiempo ha estado contra mí hasta el presente. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me he visto preso en casa. El diluvio, que lord Maidstone nos dijo que había de venir después de lord Darby, ha venido ya; de modo que estamos afligidos á la vez por lord Derby y por el Diluvio. Yo tengo muy poco de qué quejarme. No sufro ningún dolor. Mi inteligencia está despejada. Nada me

irrita. Duermo profundamente. Como y bebo con ganas. Nada me falta de lo que pueden hacer por mí la solicitud y el cariño. A la verdad, sería injusto y egoísta que aceptase todos los sacrificios que anhelan hacer las personas á quienes yo quiero.»

25 de Septiembre de 1852.

El jueves fui á Leigh Court, al otro lado del Ferry, para ver la célebre colección de cuadros, y encontré que la fama no los había hecho justicia. Nada me impresionó tanto como la *Mujer sorprendida en adulterio* de Rubens. Las figuras tienen una apariencia de vida que no recuerdo haber visto sobre el lienzo en ninguna otra parte. Sin embargo, por el camino entre Leigh Court y el Ferry, vi un cuadro más delicioso que todos los de la colección. En una senda sombría había un carrito tirado por un borriquin y guiado por un muchachuelo; dentro se veían cuatro chiquillas muy guapas de seis á once años, hermanas suyas á todas luces. Estaban locas de contentas de disfrutar un placer tan raro como ir en coche; y reían y cantaban de una manera tan hermosa que me impresionó. Vieron que yo estaba complacido, y me respondieron muy afablemente cuando les hice algunas preguntas sobre mi camino. Las rogué que siguiesen cantando, y las cuatro empezaron á cantar en perfecto concierto y con acentos tan alegres como los de la alondra. Les dí la plata que llevaba para que comprasen muñecas. Desearía tener una pintura del carro y de su carga. Gainsborough hubiese sido el hombre para el caso. Pero no me gustaría tener un poema exacrable sobre el asunto, como el que hubiese escrito Wordsworth. Estoy muy bien; aunque mi doctor de Clifton insiste